



**CELEBRACIÓN DEL TE DEUM,  
Martes, 21 de MAYO de 2019  
IGLESIA CATEDRAL**

Lecturas Bíblicas:

1 Timoteo 2,1-6

Marcos 1,21-28

Una singular y hermosa tradición Magallánica nos convoca nuevamente en este Templo Catedral, para celebrar la “*gesta de Iquique*” y dar Gracias a Dios por la acción generosa realizada por el Capitán de fragata Don *Arturo Prat Chacón* y los demás oficiales y hombres de mar.

Sabemos que cada hecho histórico está precedido por etapas diferentes que lo han posibilitado. Una visión de la historia y de sus protagonistas en una época determinada, debe ser analizada en su totalidad: asumiendo el pasado, estudiarla desde el presente y proyectándola hacia el futuro. No se puede obviar ninguno de los tres momentos: pasado, presente, futuro. La omisión nos conduciría a enfrentar la historia como una sucesión de acontecimientos, sin la repercusión que de hecho tiene ella en nosotros.

Todo esto cabe tenerlo presente a la hora de conmemorar la gesta de Iquique y del Capitán Arturo Prat. Encontrar el significado que tiene aquel hecho como resultado de la historia de una nación. Les invito pues a que, desde la Palabra del Señor que hemos escuchado, reflexionemos en torno al acontecimiento que hoy nos convoca.

Cuando el evangelista nos dice que Jesús “*hablaba con autoridad*” y que, “*en la sinagoga, todos se quedaron admirados con su enseñanza*”, no se refieren a su “*buena oratoria*”, a “*su poder*” o a sus “*admirables conocimientos*”. ¡No! Se está refiriendo a “*la verdad*” de su mensaje, a “*sus palabras hechas realidad en su persona*”.

Por lo general, solemos confundir fácilmente “*autoridad*” con “*poder*”, pues normalmente para ejercer la autoridad necesitamos del poder para ser ejercerla.

Sin embargo, hay personas que tienen autoridad no porque estén investidas de poder o se les haya encomendado una función social, sino

porque su manera de ser y de vivir es reconocida y aceptada por los demás. Son personas que irradian lo que llamamos “*autoridad moral*”. Por lo tanto no se imponen por su poderío o su fuerza, sino su vida su forma de ser es la que atrae y deja huella profunda en quienes los conocemos.

“*Autoridad*” es un término que en su raíz etimológica significa “hacer crecer”. Entonces, las personas con autoridad son aquellas personas que ayudan a crecer la vida en los demás, las estimulan y las enriquecen.

Esta autoridad se funda en la misma persona, en su honestidad, en su actitud responsable y coherente, en su fidelidad. Ningún poder ni cargo, por importante que sean, pueden sustituirla cuando ella falta.

La autoridad de Jesús, esa “*que hace crecer*”, tiene una gran característica “*era credibilidad*”: porque siempre vivió y dijo la verdad. Su mensaje fue limpio y sin escorias. Así salió de sus labios y de su vida. La autoridad o credibilidad del Señor pasa entonces sobre todo porque hizo lo que decía: Jesús inició su misión haciendo y enseñando. En ese orden. Nosotros estamos invitados al igual que Jesús, hacer aquello que decimos.

Desde este principio y fundamento de la verdadera autoridad que nace de Jesús, contemplemos el acontecimiento que hoy nos convoca y recojamos los desafíos para vivirlos en la hora presente.

¿Quiénes eran los hombres que se encontraban en el combate naval de Iquique o, mejor dicho, cómo eran aquellos hombres a quienes llamamos héroes? ¿Quién es el héroe? ¿Es un hombre de atributos especiales que parece predestinado?

Los sucesos de la rada de Iquique han de ser interpretados no aisladamente sino desde el acontecer que conforman los grandes procesos de la nación.

Arturo Prat se nos presenta como el gran héroe naval y junto a él oficiales y hombres de mar, que tripulaban aquellos barcos miserables.

El origen de Prat es de una familia de esfuerzo. La postración de su padre, obligó a su madre doña Rosario a tomar la responsabilidad de la familia. Una mujer de carácter definido, voluntariosa, inteligente, constante... Ella fue la verdadera formadora del niño Arturo, un niño débil, aquejado de problemas físicos al que debió cuidar durante casi ocho años mediante un tratamiento diario que, si no era penoso, constituía una dura rutina. Ella forjó el carácter de sus hijos en la rectitud, el apego a la verdad, la honestidad y a la actuación dentro de todas las normas éticas.

En Santiago, Prat estudió en la escuela que dirigía don José Bernardo Suárez, maestro primario que dejó una honda huella en la vida educacional del país y que complementa armónicamente la educación del hogar. Él califica a Prat en un halagüeño informe como un estudiante “*con buena capacidad, aplicación excelente e inmejorable carácter*”.

Y continúa su formación en la Escuela Naval a la que ingresa a los diez años. Un buen retrato de la época representa al niño con su apoderado y con su amigo inseparable de la vida y de la gloria, Luis Uribe. Ahí están los dos, con su cara ingenua y los ojos vivaces más dispuestos a la travesura que a la frialdad de la disciplina. Aparecen embutidos en sus uniformes, un levitón guarnecido de botones y mangas largas, igual que los pantalones, hechos para tolerar el crecimiento de los niños. Vestimenta de género ordinario, propenso a las arrugas aún en la posición firme frente al retratista.

Aquellos rasgos, robados de esa fotografía, dejan ver un hecho de mayor significado: Así preparaba Chile a su gente de mar, con modestia y dignidad, porque lo que primaba era la formación del temple moral y no los bienes materiales.

Graduado de oficial, Prat se transforma en profesor de la Escuela Naval, demostrando su preparación y afición al estudio, además del desarrollo de su carrera naval a bordo de diferentes naves.

Su formación no concluyó ahí. Su aprendizaje de marino le apartó del liceo y por esta razón deseó completar su formación humanística, rindiendo exámenes libres, los que sorteó con las mejores calificaciones. Concluidas las Humanidades y en los momentos en que el servicio naval le dejaba alguna libertad, continuó con los estudios de Derecho.

Para obtener el título de abogado, Prat debió prestar juramento ante la Corte Suprema, produciéndose en aquella ocasión un hecho muy significativo. El Capitán Prat se presentó con uniforme y la espada de reglamento pero antes de entrar, el asistente le señala que debe entregar la espada porque no cabe entrar con un símbolo de fuerza al recinto del supremo tribunal de justicia del país. Prat no vacila, se desprende del arma y la pasa al asistente. Es todo un símbolo del respeto al Poder Judicial y a la solemnidad de la ley.

Prat veía en la cultura intelectual una condición indispensable para el perfeccionamiento humano. Aficionado a la literatura, fue un lector asiduo de novelas y de un gusto exquisito por la música. Pero la actividad intelectual no sólo era una preocupación personal, sino que estimaba que desde los frutos más modestos debía ser puesta al alcance de todos y, por ese motivo, llevado por su generosidad y altruismo, gratuitamente impartió clases en la escuela Benjamín Franklin de Valparaíso, escuela nocturna para adultos. En su opinión,

el pueblo debía ser atendido a través de la educación como una manera de elevarlo en su condición intelectual y moral.

En la vida de hogar fue ejemplar: apegado a su familia, manifestó la ternura del enamorado por su esposa y el cariño por sus hijos. Hombre de profunda fe, que tuvo a Dios por primero en todas sus acciones y determinaciones, y en cuya Providencia confió plenamente. En su vida matrimonial reflejo sus convicciones de fe, es así que cuando escribe a su amada esposa desde Montevideo, le dice: *“es Domingo, vengo de la Iglesia, donde he pedido a Dios que te conforte y ayude”*.

De los hechos que hemos ido reseñando, surge Prat como un hombre modelo en todo sentido: en el afán de superación física, en el afán de superación moral, en la solidez de sus principios, en el cultivo de su espíritu desde sus profundas convicciones religiosas y en la finura humana de toda su figura. Despojándolo del esplendor ganado en Iquique, se nos presenta como un hombre corriente aunque realzado por el sentido superior que trató de dar a cada día de su existencia.

¿Qué ocurrió aquel 21 de mayo con Prat y sus hombres? ¿Qué hubo tras sus actitudes? Debemos pensar los hechos, los pequeños sucesos e interpretar los símbolos que están inmersos en un acontecimiento histórico. Toda potencialidad fue desplegada aquel día, haciendo de la derrota y la muerte una victoria sobresaliente. Se acudió a todos los recursos de la inteligencia, la astucia, el valor y la superación hasta la ofrenda de la vida.

El ejemplo de Prat y sus hombres sacudió al país, encontrándose en presencia del heroísmo y de la gloria. Desde aquel momento la nación marchó con paso seguro.

Sabemos que un héroe, como un santo, no se improvisa. No es fruto de una generación espontánea. Es el resultado de aquella formación entregada con esmero por la familia y reforzada por la escuela. Formación que se plasma en los grandes ideales de Dios, la Patria, la familia y el bien común.

Los hombres que en Iquique entregaron su vida, eran parte de una sociedad, de una familia y de una historia, que los había moldeado y había impreso en ellos aquellos valores que los hicieron actuar con valor, fuerza y generosidad en el momento decisivo que les demandaba la patria.

Es la historia entera del país la que está presente en el conflicto y determina la victoria. El pasado de Chile había sido un claro proceso de construcción de una nación. Había en el país un orden que se manifestaba en las pequeñas y en las grandes cosas que caracterizan a una nación: un sentimiento nacional acrisolado que traspasaba a toda la sociedad constituía un patrimonio común.

El orden jurídico se había mantenido inalterable y la nación, dirigida por grandes figuras de la política, había gozado de una administración sobria y acertada. La modestia en el gasto y la honradez eran proverbiales, no obstante el desenvolvimiento económico alcanzado por el país. Así era la nación que vestía a sus cadetes con géneros ordinarios y cuyos marinos se desprendían de la espada ante la presencia del Derecho.

En Chile, la acción gubernativa estuvo señalada por el idealismo de las grandes figuras de la política. Durante el conflicto la política no sufrió la menor restricción ni tampoco los derechos de los ciudadanos. El Congreso Nacional funcionó regularmente como albergue de las distintas corrientes políticas. La prensa no fue sometida a ningún control. El triunfo se debió también al soldado chileno, al hombre modesto que masivamente se incorporó a las filas y desplegó su valor. Un soldado con tal calidad humana que sus hazañas han quedado impregnadas en la historia de la nación.

En el hoy de nuestra sociedad, el combate naval de Iquique, la figura de Prat y sus hombres nos desafía como nación.

Es preocupante constatar en nuestro presente la pérdida de confianza en las relaciones sociales y en los liderazgos: esto sucede, en primer lugar en nuestra Iglesia, que como lo hemos señalado muchas veces con vergüenza hemos visto en algunos consagrados traicionar su vocación para cometer delitos contra menores; pero también, con preocupación vemos el descredito del mundo político, de nuestras Universidades y Escuelas. Nos duele constatar lo que ha sucedido en nuestras fuerzas armadas, de orden y seguridad. Al país le hace mal que nuestras instituciones hayan perdido su prestigio y confianza ciudadana.

Es tarea de todos recobrar la confianza y credibilidad en todas las instancias de nuestra sociedad, para ello tenemos el gran desafío de lo ético y del respeto por la dignidad humana.

Debemos redescubrir que el poder de las autoridades de los diferentes ámbitos, se funda en el servir a los demás. Debemos impulsar un diálogo social fecundo, basado en el respeto mutuo y en la verdad que nos libera. Debemos darnos tiempo para redescubrir la bondad de cada persona, la eficacia que tiene la gratuidad y solidaridad en nuestras relaciones.

Debemos concordar, una vez más, los valores inspiradores de la educación nacional en vistas al perfil del ciudadano que queremos formar. Nuestra sociedad necesita "*maestros de existencia*". Hombres y mujeres que enseñen el arte de abrir los ojos, maravillarse ante la vida e interrogarse con sencillez por el sentido último de todo. Maestros que,

con su testimonio personal de vida, siembren inquietud, contagien vida y ayuden a plantearse honradamente las interrogantes más hondas de la existencia: adultos con “*autoridad moral*”.

Estamos a tiempo para desterrar la idolatría del dinero y de la corrupción, de valorar la actividad política y de sus actores, de reconocer el aporte de tantos trabajadores y empresarios, de avanzar en el trato justo, respetuoso y amable que nos debemos. En fin, de corregir nuestros errores y juntos fortalecer el alma de Chile.

Si analizamos atentamente la trayectoria de la vida de Arturo Prat, notamos, como ya hemos señalado, que su proeza no fue un hecho improvisado, no fue una decisión repentina, sino el fruto de una moral sólida que demoró largos años en formarse. También hoy, debemos trabajar para que nuestros niños y jóvenes forjen aquel carácter que fundado en las virtudes y valores los proyecte en hombres y mujeres de bien que servirán a la patria en sus distintos ámbitos. Para ello y para nosotros Arturo Prat se convierte en un paradigma a seguir.

Encomendamos esta mañana a Nuestra Señora del Carmen, Estrella de Chile y Faro luminoso que alumbra los oscuros caminos del mar, a nuestra Armada, a sus hombres y a sus familias, para que siempre sientan su protección y su auxilio, y el agradecimiento sincero de sus conciudadanos por el servicio que prestan a nuestra Patria.

*¡Te Deum laudamus... te alabamos, Señor!*